

“Guatemala. El reto de construir infraestructura emocional en sociedades posconflicto”

Carlos Alberto Sarti Castañeda
Antropólogo, Director Ejecutivo de Fundación Propaz, Guatemala.
carlos_sarti@propaz.org.gt

Resumen:

Nuestra reflexión se basa en la experiencia de trabajo de la Fundación Propaz, institución que surge en marzo de 2003 como producto de la “nacionalización” del Programa “Cultura de Diálogo: desarrollo de recursos para la construcción de la paz (OEA-PROPAZ)”, que impulsó la OEA en Guatemala (de 1996 a febrero de 2003).

De tal manera, partiremos de analizar un proceso institucional de construcción de paz y fortalecimiento de la democracia y la esfera pública en el marco del posconflicto guatemalteco (1996-2006). Así, en la introducción planteamos una visión impresionista sobre el posconflicto actual. Luego retornamos a ver el fondo histórico de la conflictividad en Guatemala, para finalmente describir la experiencia de construir la paz y la democracia en el posconflicto.

A partir de esa experiencia y de lecturas complementarias, proponemos algunas ideas y una propuesta sobre construcción de infraestructura emocional para la paz y la democracia.

De esta manera, asumimos un horizonte de visibilidad centrado en la reflexión sobre nuestra práctica, pues estamos convencidos que el “análisis concreto de situaciones concretas”, donde los conceptos están en “estado práctico”, puede contribuir a la reflexión colectiva y multidisciplinaria que se pretende en este libro.

Palabras clave:

Construcción de la paz, esfera pública, democracia, posconflicto, infraestructura emocional, interdependencia, conflicto.

Introducción:

No se trata de competir sobre qué país es más inseguro, más violento, más deshumanizado o más neurótico, porque la globalización nos está haciendo cada vez más homogéneos, a la par de que mundializa las diferencias. Por eso compartimos las mismas amenazas, las mismas lacras, los mismos traumas, los mismos vacíos y también las mismas búsquedas, esperanzas y dilemas, aunque las formas de expresión sean diferentes.

Con todo, en sociedades como la guatemalteca, que emerge de un conflicto armado interno de más de 30 años, en el cual se cometieron masacres y otras barbaridades que deshumanizaron la convivencia social y política (haciéndonos

perder, entre otros, nuestra capacidad de empatía), el trauma psicosocial es mayor y por tanto la “cura” es más difícil. “Las heridas sociales tan profundas y extendidas, como las nuestras necesitan la verdad como desinfectante; la justicia para suturar, y la reparación para una correcta convalecencia”. (Gutiérrez, 2006)

Guatemala ha llegado a niveles de inseguridad humana realmente alarmantes, pues hemos tocado los límites de la convivencia civilizada. Vivimos de frustración en frustración, ya no queremos ni mirar los periódicos y seguir leyendo sobre esa danza de muerte y superficialidad. Todos los días algún poder nos avasalla, nos molesta, se burla de nosotros y si nos convoca, nos engaña.

Por lo demás, las violencias permean todo tipo de relacionamiento social. Al respecto de las violencias que circundan nuestra convivencia como guatemaltecos, Raúl de la Horra señala: “Están a la vuelta de la esquina, en los pasillos de las oficinas ministeriales, en las fincas y en las aldeas. Están en las instituciones públicas y privadas, en las prisiones, en el periódico que leemos cada mañana. Están en las barriadas, en los autobuses, en los embotellamientos de tráfico. Están en casa, en nuestra familia, escondidas debajo de la alfombra, en nuestros gestos, en nuestros hábitos. Por eso es que ya ni las vemos. Es como si transitáramos por un mundo donde el color único fuera la violencia y, por falta de contraste, ese color sería prácticamente invisible a nuestras percepciones.” (De la Horra, 2006)

En efecto, día a día las noticias dan cuenta de niños con tiros de gracia, feminicidio, limpieza social, matanzas en cárceles, secuestros; desesperanza de los jóvenes porque el sistema no les ofrece nada, ni siquiera empleo seguro, por eso el incremento de los suicidios juveniles. La corrupción es el aceite articulador del estado, armamentismo, multiplicación de empresas de seguridad privada y de guardaespaldas. Los linchamientos son una manera perversa y degradante de ejercer justicia. La incapacidad policial debe ser reforzada por el ejército, con lo cual se militariza de nuevo la lucha contra la inseguridad. El estado no controla la totalidad del territorio nacional, restringiendo de esta manera la soberanía del país. Más de la mitad de guatemaltecos están a favor de la pena de muerte. Hay empresas que descalifican a los solicitantes de empleo si en su hoja de aplicación escriben que viven en “zonas peligrosas” de las ciudades.

Por lo demás, el amarillismo de los medios de comunicación es un insulto a la sensibilidad humana, lo cual repercute en mayores niveles de miedo y endurecimiento de las emociones destructivas. Clínicas de psicólogos y terapeutas llenas, con un consecuente incremento masivo de la venta de antidepresivos. El miedo es la emoción más generalizada en el país. Vivimos una espiral de violencia incontenible, pues también algunos sectores han convertido la inseguridad en un negocio millonario.

El Gobierno y representantes de los grupos dominantes, vía la prensa y otros medios de comunicación, llaman a cruzadas contra el “populismo”. A la par se glorifica el esfuerzo individual sobre la solidaridad; así, salir de la pobreza es una tarea individual y se esconden las condiciones estructurales que la generan y alimentan. Incluso se desarrollan campañas para resaltar los valores

individuales por sobre las condiciones sociales. Por lo demás, sectores de poder, al ver que futuros resultados electorales no les serán favorables, comienzan a hablar del peligro de “la dictadura de las mayorías”.

Con todo, hay algunos avances en el sistema político, pero éstos no califican la situación, solo la matizan.

Lo que sí se está consolidando es la resistencia del pueblo guatemalteco: movimientos sociales de diverso tipo, lucha y movilizaciones por los recursos naturales, la tierra, contra la pobreza, por el derecho al empleo, vivienda y salud. También contra la violencia, por los derechos humanos y la seguridad democrática, contra el “feminicidio”. Por lo demás, los pueblos indígenas se organizan, participan y proponen, con lo cual su protagonismo y autonomía aumenta día a día.

Estas manifestaciones de lucha demuestran que se agota la pasividad y la aceptación de todo. La gente se resiste a ser vencida y aplastada, aunque en sus primeras fases tenga matices anárquicos y violentos. Si hay movimientos hay vida, y de allí está surgiendo el rescate del humanismo, como cólera hoy, como tolerancia mañana. Muchas personas y movimientos están buscando romper con la condicionalidad del contexto que mediatiza y ahoga. A favor está también la diversidad étnico-cultural del país, que obliga a la interdependencia creativa y a la búsqueda conjunta.

Tenemos, entonces, enormes dificultades, heridas abiertas, inercias históricas, “penas congeladas” y condicionantes estructurales, pero también resiliencia, bocetos, experiencias inéditas, resistencia y la fuerza de las ideas y de la cultura.

Parte I: La experiencia

El fondo histórico: la conflictividad guatemalteca.

Históricamente las relaciones entre los guatemaltecos y entre sus sectores más representativos han sido conflictivas. La conquista y la colonización exacerbaban tales circunstancias, aunque es claro que ya en la época prehispánica existían conflictos y conflictividades entre los pueblos indígenas. De tal manera, predomina la percepción de recelo y desconfianza mutua. La polarización a que esto da lugar va generando mecanismos de escalamiento que, en numerosas ocasiones, desplaza los problemas reales u originarios de las disputas y prevalece el puro prejuicio racial, ideológico o económico. Es así como en la conflictividad guatemalteca se puede observar con qué facilidad se pasa de la discrepancia a la disputa y de ésta al antagonismo, la hostilidad y la violencia.

Las actitudes y comportamientos que encontramos en el relacionamiento público actual se sustentan en las condiciones estructurales sobre las cuales se construyó este país y en la herencia política que las organiza. Las bases

estructurales polarizantes fueron, y siguen siendo, la desigual distribución de la riqueza, el racismo y la discriminación, la exclusión política y la dependencia externa.

Debido a esta base económica y a la experiencia histórica que se genera, las relaciones entre el Estado y la sociedad guatemalteca han sido, en general, relaciones fragmentadas y antagónicas, en las cuales predomina el interés particular y sectorial sobre el interés nacional y la búsqueda del bien común. En la espiral de su enfrentamiento, el cierre de espacios de participación, la exclusión y el racismo, condicionaron que algunos sectores sociales y políticos se plantearan la sustitución revolucionaria del sistema económico y el régimen político. Se inicia así el conflicto armado interno a principios de los años sesenta, el cual llevó a que parte de la conflictividad se tratara de resolver por medio de las armas.

La agudización de la polarización social y política a que dio lugar el enfrentamiento interno condicionó que el Estado (atrincherado en el ejército) y amplios sectores de la sociedad se percibieran mutuamente como entidades totalmente distintas y antagónicas. En efecto, en los momentos más agudos del combate, el Estado guatemalteco libró una guerra contra su propia sociedad y, en la otra cara de la moneda, parte de la sociedad se rebeló contra su Estado.

El enfrentamiento armado (1960-1996) tuvo consecuencias trágicas en las personas, en las comunidades y en el cuerpo social en su conjunto. La guerra destruyó el tejido social y cultural, la comunicación, la solidaridad y la aceptación mutua entre los guatemaltecos. Es más, su duración a lo largo de tres décadas produjo daños en el cuerpo, la mente y el espíritu de los guatemaltecos, dando lugar a un trauma colectivo que condiciona todo nuestro relacionamiento económico, social, político y cultural.

La firma de los Acuerdos de Paz en diciembre de 1996 se constituye en una oportunidad para modificar la inercia negativa de la conflictividad. En efecto, los Acuerdos de Paz plantean la construcción de la paz y la reconciliación, la búsqueda de nuevos caminos de relacionamiento intersectorial vía la reforma del Estado y la apertura de espacios de participación y diálogo para construir consensos entre éste y la sociedad.

Sin embargo, la oportunidad histórica de modificar el fondo histórico de la conflictividad guatemalteca pronto mostró sus limitaciones. Entre otras razones condicionantes de la limitación que han tenido los Acuerdos de Paz, podemos señalar las siguientes:

- » Lo Acuerdos se da en un momento coyuntural adverso, pues coinciden con el fortalecimiento del neoliberalismo como política orientadora del Estado. Así, mientras los Acuerdos de Paz planteaban el fortalecimiento del Estado y una política pública orientada hacia el gasto social, los cánones neoliberales que han sustentado todos los gobiernos posconflicto tratan de reducir el Estado y restringir el gasto social. Por lo demás, al plantear los Acuerdos que las reformas se harían en el marco del estado de derecho prevaleciente, la única opción de profundizarlos pasaba por reformas constitucionales, pero esta opción fue derrotada. Recuérdese que en 1999

se convocó a una consulta popular para ratificar los cambios constitucionales que permitieran un contexto legal más favorable al cumplimiento de los Acuerdos de Paz. Por diversas razones, ganó el No, perdiéndose así la posibilidad de profundizar los Acuerdos.

- » La correlación de fuerzas que permitió la negociación del conflicto armado y el planteamiento de un proceso de reformas estructurales no tuvo la fuerza necesaria para mantener dicho balance en el marco del posconflicto. Así, los Acuerdos de Paz no tienen el soporte político necesario para su profundización. La derrota de la consulta popular y la falta de respaldo político han condicionado que los Acuerdos pierdan su potencial transformador y se acomoden a los vaivenes de la política tradicional.

De tal manera, el posconflicto se convierte en un híbrido en el cual se articulan propuestas y posibilidades nuevas con la inercia del trasfondo histórico y las lacras del enfrentamiento armado. Este escenario exacerba las contradicciones políticas, sociales e interculturales. Es precisamente en este contexto que el Programa OEA-PROPAZ comienza a trabajar en Guatemala.

Posconflicto: desarrollo de recursos para la construcción de la paz.

El objetivo central del Programa OEA-PROPAZ, que dio origen a la Fundación Propaz en 2003, fue desarrollar recursos humanos, organizaciones y procesos comprometidos con la construcción de la paz. Es decir, fortalecer a personas, instituciones, espacios y mecanismos que se constituyeran en infraestructura social para la paz.

Para abordar e incidir en la fase posconflicto, el Programa OEA-PROPAZ asumió como base conceptual-metodológica las enseñanzas que Juan Pablo Lederach impartiera directamente al personal de la institución, las cuales fueron enriquecidas en sucesivas visitas de acompañamiento y con la lectura de sus obras.

El Programa OEA-PROPAZ realizó, como primera tarea, la contextualización de los postulados de Juan Pablo Lederach al caso guatemalteco. Se inició así un diálogo permanente entre la teoría y la experiencia práctica que permitió un abordaje creativo que sentó las bases para nuevas elaboraciones.

Con fines operativos se asumió la construcción de la paz como “el pleno orden de etapas y abordajes necesarios para transformar el conflicto y llevarlo al establecimiento de relaciones y resultados pacíficos y sostenibles”. (Lederach, 1994) No se trata, entonces, de concebir la construcción de la paz como ausencia de conflictos, pues éstos son inherentes a la vida social, sino de encauzarlos por medio de abordajes y prácticas pacíficas, de carácter acumulativo.

El punto de partida de esta visión es que un conflicto no debe simplemente resolverse, pues las causas profundas subyacen y pueden emerger de nuevo si hay condiciones propicias para ello. Salvo en contados casos, la solución de un conflicto permite superar definitivamente las causas que lo originan. Lo más

probable es que si no se solucionan las causas de fondo éstas emerjan de nuevo. Esto es lo que sucede en situaciones de posconflicto, cuando no se han transformado las causas y circunstancias de la conflictividad.

De tal manera, no bastaba la firma de los Acuerdos de Paz, había que tener una propuesta para el tratamiento del posconflicto, pues es, en este contexto, que se deben transformar las relaciones conflictivas a nivel personal y social para que sean sostenibles y se condensen como cultura de paz. Por eso la transformación debe expresarse en cambios de actitudes y comportamientos y prácticas intersectoriales basadas en la *interdependencia*, pues lo que se busca es la transformación con articulación nacional.

De tal manera, el principal reto de la fase posconflicto es *tratar* las relaciones conflictivas, que en nuestro caso alude a casi la totalidad de las relaciones sociales, políticas, culturales y económicas que mantenemos los guatemaltecos. Juan Pablo Lederach (1994) lo puntualiza de la siguiente manera: “El conflicto en tanto se basa en relaciones, nace en el mundo del significado y de la percepción humana, cambia constantemente por la continua interacción humana, y él mismo cambia a la misma gente que le da vida y al ambiente social en el que se crea, evoluciona y quizás termina.”

Como se comprenderá, el tratamiento de las relaciones sociales en el posconflicto es enorme. Por tanto, sobre la base de un diagnóstico y los postulados de construcción de paz señalados, el Programa OEA-PROPAZ orientó su trabajo hacia la generación de condiciones para un nuevo tipo de relacionamiento entre Estado y sociedad civil, tal cual proclamaban los Acuerdos de Paz.

El aporte del Programa siempre se concibió como parte de un esfuerzo mayor desarrollado por los actores y sectores directamente interesados en la construcción y consolidación de la paz.

El diagnóstico sobre la conflictividad guatemalteca realizado por OEA-PROPAZ destacaba que las partes beligerantes del conflicto y sus bases sociales de apoyo estaban deformadas por el autoritarismo, el racismo, la exclusión y el maltrato. Por eso no sorprendió encontrar actitudes intolerantes y polarizadas. Era sobre esta base individual, social y de cultura política que se debía iniciar el tratamiento de las relaciones sociales en conflicto. En lo que respecta a las emociones destructivas inherentes a los procesos de construcción de paz, podemos señalar que el *caracol emocional* de los guatemaltecos tiene en el fondo oscuro la conquista y el conflicto armado; en sus rotaciones intermedias las crisis y la condicionalidad global. Como parte de la espiral, la resiliencia y la esperanza articuladas en las luchas de nuestro pueblo y, en la salida, los futuros posibles y construibles.

Visión de cambio

Ya como Fundación Propaz, se vio la necesidad de articular la experiencia acumulada en una visión de cambio que orientara el proceso de

acompañamiento del posconflicto. Esta visión quedó plasmada en la Planificación Estratégica de la Fundación Propaz, 2005 – 2008.

La visión de cambio parte de considerar que la construcción de la paz no debe ser vista sólo como una etapa en el tiempo, es también un concepto social dinámico que enlaza y articula la paz con la democracia y el fortalecimiento de la esfera pública. La construcción de la paz en cada país esta directamente relacionado con el tipo de conflicto del cual surge, la envergadura y amplitud social que tuvo y el tiempo de duración del mismo. Y esto es así, porque la construcción de la paz implica restablecer relaciones rotas o deterioradas y crear nuevas instituciones y procesos a través de los cuales se ensayen nuevas formas de relacionamiento ciudadano. (Sarti, 2002) Dicho proceso articulado se desenvuelve en una *dinámica histórica de larga duración*, desigual y combinada.

Se inscribe dentro de una perspectiva holística y sistémica; esto es, orientada a considerar la complejidad de factores que intervienen en el cambio social, las posibles demoras (en cuanto al alcance del resultado deseado), los adecuados puntos de apalancamiento (es decir, los puntos estratégicos que se pueden fortalecer para lograr, mediante esfuerzos reducidos, cambios mayores o sistémicos) y los patrones, estructuras y modelos mentales que hay que transformar. En este marco, la Fundación Propaz se plantea acompañar este proceso desde un enfoque de cambio de personas, sectores e instituciones.

Asumimos, entonces, que los cambios en el proceso de construcción de la paz y el fortalecimiento de la democracia son el resultado histórico de la *interrelación colaborativa /conflictiva* entre actores y sectores sociales, políticos, económicos y culturales de diversa naturaleza. La relación conflictiva /colaborativa se da porque los actores y sectores son portadores, asimismo, de diversos intereses y posiciones, que a veces coinciden y, en otras ocasiones, compiten o tratan de excluirse mutuamente. De esta manera, para la Fundación Propaz, el *cambio social* es una construcción dinámica permanente, con altibajos, crisis, retrocesos y avances parciales.

Así, el abordaje de la conflictividad social pasa por atender desde problemas sociales específicos que permitan el cambio de relaciones en conflicto, hasta problemas estructurales, pasando por patrones de comportamiento y modelos mentales. Y todo esto desde una lógica de articulación del corto, mediano y largo plazo, considerando que los resultados buscados no se dan de la noche a la mañana sino tienen un carácter acumulativo.

No obstante las dificultades y condicionalidades históricas, el trabajo de articulación y puente entre Estado y sociedad al que se dedica la Fundación Propaz, es un trabajo posible y satisfactorio. Precisamente, el enorme reto que plantea el país es el que nos hace trabajar con mística y sacrificio, pues hemos constatado en estos años que, a pesar de la inercia histórica y la conflictividad, hay cambios: de actitudes, comportamientos y visiones en los diferentes sectores con respecto al país, la democracia y el desarrollo. Estos cambios de actitud se constituyen en semillas de las cuales puede surgir un cambio que, aunque no se refiera directamente a las estructuras políticas y económicas, se refiere a las estructuras mentales, base sobre la cual se introducen importantes transformaciones sociales que de una u otra forma pueden generar cambios en

los otros niveles. Así, nuestra experiencia práctica y conceptual y la reflexión sobre los procesos que acompañamos, también nos permiten constatar que se puede incidir en procesos estructurales desde el terreno del cambio de actitudes y comportamientos ciudadanos y estatales.

La visión de cambio de la Fundación Propaz y el doble y articulado trabajo en el ámbito personal y social puede ilustrarse por medio del rombo de transformación (imagen cuya idea original parte de Juan Pablo Lederach, pero que fue adaptada por OEA-PROPAZ y analizada por la Fundación Propaz; véase gráfico 1).

Rombo de transformación

Cualquier organización social o instancia estatal comprende a las personas que la integran y sus *actitudes y comportamientos* ante las otras personas; las *habilidades* que tienen, o no, para relacionarse con los otros y entre sí; los *procesos* en los cuales interactúan; y las *estructuras* que dan soporte a las personas y a los procesos en que se desenvuelven.

De tal manera, la Fundación Propaz se planteó acompañar e incidir en cuatro ámbitos específicos de transformación: *actitudes, habilidades, procesos y estructuras*.

En el ámbito de las actitudes y valores.

La Fundación Propaz busca que los diferentes actores comprendan mejor los costos sociales de la conflictividad, modifiquen conductas y posiciones intransigentes, cambien de actitud ante quienes consideran sus adversarios y visualicen la interdependencia y un destino común compartido por las y los guatemaltecos, sin que esto suponga abandonar intereses personales y sectoriales.

Mediante la transformación actitudinal y valorativa, la Fundación busca reforzar una nueva visión sobre el país, el proceso de democratización y búsqueda de gobernabilidad, el rol participativo y conciente de la ciudadanía y, más específicamente, una nueva visión sobre los conflictos, los cuales pueden transformarse constructivamente y representar una oportunidad para el cambio social.

En el ámbito de las habilidades.

La Fundación Propaz pretende fortalecer o crear nuevas habilidades (manejo de conceptos teóricos y técnicas) que permitan a las personas con las cuales interactuamos un mejor desempeño de sus roles y funciones, principalmente en el manejo de conflictos públicos y conflictividades.

Supone que la participación pública de personas y sectores será más constructiva si las nuevas actitudes y comportamientos van acompañados por habilidades para encontrar caminos y proponer alternativas creativas.

En el ámbito de los procesos.

La Fundación Propaz se propone crear condiciones para que se desarrollen procedimientos que faciliten la discusión, concertación o negociación de problemas que generan conflictos públicos. Al facilitar procesos de acercamiento y diálogo, la Fundación Propaz busca fortalecer o evidenciar la *interdependencia*, fomentar mayor comunicación, tender puentes, generar confianza entre las partes, propiciar el acceso a reglas del juego concertadas e identificar temas y agendas comunes. Crear y fomentar procesos de articulación constructiva entre Estado y sociedad. Supone vincular roles, funciones y actividades en forma integrada. Implica también velar por la sostenibilidad de los procesos una vez concluya la función facilitadora de la Fundación.

En el ámbito de las estructuras.

Aquí se trata de generar espacios y fortalecer instancias y organizaciones para que participen en la esfera pública. Al dar asistencia técnica para crear y/o fortalecer estructuras, se busca consolidar mecanismos y espacios constructivos para afrontar la conflictividad y/o los conflictos específicos. Por lo demás, el fortalecimiento organizacional permitirá que las estructuras asistidas se basen en relaciones democráticas que promuevan la participación en la gestión pública.

El énfasis en las estructuras, con sostenibilidad y prácticas colaborativas, se basa en la necesidad que tiene la democracia de conjuntar en espacios públicos a actores y sectores con intereses divergentes, pero abiertos al diálogo y la búsqueda de consensos. Estas cualidades se cultivan en estructuras democráticas basadas en procedimientos participativos para la toma de decisiones.

En síntesis, construir infraestructura social para la paz y la democracia, tarea cardinal de la Fundación Propaz, ha sido posible a través del trabajo de acompañamiento e incidencia en los cuatro ámbitos en los cuales se pueden dar cambios y transformaciones de personas, sectores e instituciones. Y, a largo plazo, cambios societales y culturales.

Esfera pública: escenarios del cambio y la transformación.

Desde la lógica de la articulación entre construcción de paz y democratización, sobre la base de los ámbitos de transformación y la reflexión sobre su quehacer, la Fundación Propaz amplió su visión de cambio y transformación con el concepto de esfera pública. Entendida ésta como una red de espacios en los cuales convergen individuos, sectores e intereses antagónicos, los cuales, en la medida en que se encuentren en un terreno neutral e imparcial, logran desenlaces constructivos en términos de diálogo, concertación, prevención y resolución de conflictos y participación ciudadana en la elaboración de políticas públicas. La opción de focalizar el trabajo no es

reduccionista, pues el cambio y transformación también se da en la familia, la escuela, la empresa, las iglesias, la comunidad étnico-cultural y en otros contextos de participación social. Lo que se buscaba era la delimitación de un espacio de trabajo acotado en el cual se pudiera trabajar con mayor nivel de incidencia.

En esa línea, la Fundación se define como una institución de servicio público orientada al fortalecimiento de la esfera pública, dotándola, además, de mecanismos procesales y metodológicos para la relación constructiva entre los actores y sectores que convergen en ella.

Por su naturaleza, la Fundación incursiona en el campo sociopolítico y étnico-cultural. Por eso, desde nuestra especificidad institucional, coadyuvamos a la construcción y fortalecimiento de una esfera pública plural y de un estado multiétnico, pluricultural, multilingüe y con equidad de género. En este campo, privilegiamos el tratamiento de tensiones y *conflictos públicos*, es decir, aquellos en los cuales estén involucradas instancias y organizaciones del Estado y la sociedad.

Es precisamente en el marco de la esfera pública y su fortalecimiento donde se deben hacer los mejores esfuerzos para la construcción de infraestructura social para la paz y la democracia.

Una experiencia reciente

La reflexión que sobre su trabajo ha hecho la Fundación Propaz llevó a reconocer que se debería ampliar la comprensión que se tenía sobre la profundidad del trauma psicosocial que dejó el conflicto armado. Es decir, poner más atención en los aspectos psicológicos inherentes a la dinámica social; las emociones destructivas que prevalecen; los rasgos culturales del autoritarismo; el aporte del enfoque de género y la incidencia de la cosmovisión de los pueblos indígenas en la construcción de la paz y la democracia.

Constatar estos déficit de enfoque y visión llevó a la Fundación Propaz a nuevas búsquedas sobre cómo complementar nuestra visión de cambio, buscando los sentimientos y emociones que están detrás de los comportamientos individuales y colectivos de la gente con la que trabajamos. Como parte de esa búsqueda se ha comenzado a desarrollar un módulo de sensibilización, capacitación y asesoría sobre lo que, provisionalmente, llamamos “rasgos de la cultura política guatemalteca”. Cabe mencionar que, por supuesto, estos rasgos no son exclusivos de la sociedad guatemalteca, ya que es posible encontrarlos en otros contextos y países. Sin embargo, dado el énfasis sensibilizador de nuestro acompañamiento y para su mejor comprensión, los destacamos como rasgos de nuestra cultura política.

Así, la intención del módulo es ilustrar que todas y todos los guatemaltecos, independientemente de haber sufrido directamente la violencia, estamos afectados por el fondo histórico de conflictividad y, más recientemente, por conflicto armado. Es más, la interiorización del trauma condiciona que lo sigamos transmitiendo a las nuevas generaciones en el contexto del predominio

descarnado del capitalismo neoliberal, con lo cual se agregan nuevas aristas traumáticas a la convivencia social guatemalteca.

El módulo parte de algunos rasgos (o demonios) de la cultura política guatemalteca: los prejuicios, la desconfianza, el miedo, el aguante-explosividad que nos caracteriza, el sectarismo, la desvalorización de las emociones y los sentimientos, el ver la crítica como amenaza, la polarización, nuestra poca capacidad para el diálogo, etc. Como siempre, destacamos también los valores, prácticas y costumbres positivas de nuestro modo de ser.

También se sensibiliza sobre la condicionalidad global con sus luces y sombras: privilegio de los objetos sobre los sujetos, manipulación mediática, justificación de la guerra, el hambre y la muerte. A la par, la emergencia de una nueva conciencia y compromiso ciudadano mundial, expresado en redes de reflexión y acción global alternativa y la emergencia de nuevos movimientos sociales solidarios y cuestionadores del *status quo*.

Explicitamos, luego, que dada esta condicionalidad histórica y los rasgos de la coyuntura estratégica nacional y global, los espacios de esfera pública que se generan son espacios públicos dolidos, afectados y con muchas carencias procesales. Así, encontramos en la esfera pública, individuos y sectores con una mentalidad y acción polarizada en la que predominan los intereses sectoriales sobre el bien común. Encontramos también, pero son los menos, personas abiertas, tolerantes y en búsqueda de salidas a los problemas de nuestra cotidianidad conflictiva.

En síntesis, el módulo constituye un recorrido sobre nuestra condicionalidad como seres sociales, en la cual coexiste una dialéctica de *confrontación/colaboración*. Explicitamos que esta situación en vez de verla como buena o mala, hay que verla como el punto de partida sobre el cual, con el concurso de todas y todos, debemos construir nuestro futuro de tolerancia y reconciliación sostenible.

Parte II: La propuesta

¿Qué entenderemos por infraestructura emocional?

“Los principios clave son la compasión y el conocimiento”
Dalai Lama

Para proponer una noción operativa sobre lo que entenderemos por infraestructura emocional partiremos del concepto de inteligencia emocional de Daniel Goleman, sintetizado de la siguiente manera por Alain Renaut:

Es una manera distinta de ser inteligente. No es la típica inteligencia de la que hablamos en la escuela y que se puede medir mediante coeficientes. Tiene que ver con cómo gestiona uno sus emociones y las de los demás. Hay cinco partes: el autocontrol, es decir, conocer los

propios sentimientos y utilizarlos para tomar decisiones acertadas. Luego está la gestión de las emociones, principalmente las negativas, de manera que los estados de ansiedad no conduzcan a hacer cosas de las que arrepentirse. La tercera es la motivación: funcionar con objetivos, permanecer optimistas a pesar de los contratiempos y fracasos. La cuarta es la empatía: saber lo que los demás sienten sin necesidad de palabras, porque la gente casi nunca expresa sus sentimientos con palabras; nos lo dicen con el tono de voz, con sus muecas. Y, finalmente, la percepción social: identificar las claves para interactuar, saber tratar a la gente para que se sienta mejor.

Sobre la base del concepto de Goleman, la experiencia de trabajo en Fundación Propaz y el enfoque que asumimos al respecto del cambio y la transformación de personas y sus relaciones, consideraremos que la infraestructura emocional se refiere a *la articulación de un conjunto de identidades, comportamientos, actitudes y habilidades, individuales y sociales, indispensables para un funcionamiento colectivo armónico, que busque el bien común en cualquier organización o estructura social.*

La infraestructura emocional comprende, entonces, todos aquellos comportamientos, lealtades, emociones, ternuras, creencias espirituales y saberes que le permiten a un individuo ser una mejor persona y un mejor ciudadano. Articula, entonces, sentimientos nobles, espíritu crítico, memoria histórica y visión prospectiva orientada hacia la construcción de la paz y la democracia, desde una lógica acumulativa y con un claro horizonte de búsqueda de equilibrio y armonía social.

La infraestructura emocional permite reaccionar con madurez ante los dilemas a que nos enfrentamos todos los días en distintos ámbitos: trabajo, familia, colectivos sociales y culturales, iglesia, barrio, partidos políticos, etc. Lo que se busca es la transformación con sostenibilidad en las conductas personales y socioculturales en procesos y estructuras.

Más que un nuevo nivel de *saber*, se trata de tener mayor *claridad* sobre cómo, en el marco de determinada estructura de poder, funcionamos como individuos, sociedades y culturas. La infraestructura emocional, así concebida, no es sinónimo de “iluminación” sino de “serenidad” personal y grupal.

La base de la infraestructura emocional debe ser la *humildad* para cambiar y reconocerse en el otro. A largo plazo debe consolidarse y expresarse como *cultura emocional* y no sólo como infraestructura o capital.

En el marco del posconflicto

La construcción de infraestructura emocional debe ser vista como una propuesta de alcance medio que nos ayuda a crear sentido y enfoque a determinados procesos de formación individual y de dinámicas sociales y culturales en el marco de la articulación entre construcción de la paz y la consolidación de la democracia. Se trata de dar un paso más allá de la construcción de infraestructura social para la paz, pues ésta se refiere

prioritariamente a actitudes y habilidades político-ideológicas que permiten un compromiso con la paz. La propuesta consiste, entonces, en la posibilidad de desatar fuerzas y voluntades en el marco de procesos de mayor envergadura, como lo son la profundización de la paz y la consolidación de la democracia. (Sarti, 2002)

La paz a la que se articula la infraestructura emocional debe ser entendida de manera amplia, no solo como paz negativa o ausencia de violencia, sino, como dice Galtung (2003), como paz positiva o “despliegue de la vida”. Nos proponemos entonces contribuir a la construcción de infraestructura emocional como soporte para desplegar la vida y vivir en forma segura.

Juan Gutiérrez (Galtung, 2003, 11), al ampliar el concepto de Galtung, nos dice que el despliegue de la vida hay que verlo como “anchura y profundidad de vida. Anchura en la medida en que no vive para sí misma, sino que se liga con otras vidas prestándoles apoyo, apoyándose en ellas y constituyendo así un tejido formado por hechos que son sus hebras y sus nudos, estructuras que le dan sostén y cultura que lo alienta”.

Concebimos también la construcción de infraestructura emocional como soporte de una democracia que vaya más allá de las elecciones y de los pactos elitistas o corporativos. Una democracia ligada a la participación y responsabilidad ciudadana, con una esfera pública amplia y plural, que despliegue las potencialidades de la interculturalidad. Una democracia que no mate, sino promueva la vida y la seguridad humana, con equilibrio ecológico. Una democracia que sepa escuchar y tome en cuenta las disidencias. En síntesis, una democracia ética que no dañe a nadie.

Con todo, el despliegue de infraestructura emocional no puede, ni debe resolver todos los conflictos sociales y políticos propios de la posguerra. En ese sentido, no debe ser vista como la búsqueda de la armonía total, pues siempre habrá nuevas fuentes de tensiones y conflictos, pero sí como una visión de transformación que trata de encauzar comportamientos personales y colectivos en visiones, procesos y prácticas no violentas, incluyentes y armónicas.

Interdependencia intersectorial como sumisión de unos a otros, o como conflictividad, siempre ha habido. Sin embargo, no siempre ha habido conciencia de ella en términos de igualdad y aceptación de los otros. Por eso, consideramos que *la conciencia sobre la interdependencia*, en términos de igualdad y compromiso comunes está en la base de la posibilidad de desarrollar infraestructura emocional en cualquier sociedad y a distintos niveles.

La noción de interdependencia parte del principio de que todo fenómeno es producto de una compleja red de relaciones que involucran a todo el conglomerado social. De tal manera, nuestro bienestar como individuos y sectores y la gobernabilidad y equilibrio de la sociedad, están íntimamente interrelacionados con el bienestar de los demás individuos y sectores.

La interdependencia supone que hay intereses sectoriales, grupales o personales encontrados, pero también que están interconectados. Por tanto, en el proceso de su desarrollo deben expresarse y realizarse de manera complementaria y no excluyente. Es más, la aceptación de la interdependencia

puede generar un clima propicio para que todos los intereses sectoriales se articulen en un cauce común que permita el equilibrio político, social y económico en determinado país y a nivel global. Sin embargo, lo que sucede actualmente en nuestro país es todo lo contrario. En efecto, por la condicionalidad de la estructura de poder, los intereses sectoriales tienden a excluirse mutuamente. Por eso su interdependencia es conflictiva y se basa en la desconfianza e intolerancia de unos hacia otros.

Las tendencias globales de poder hegemónico también van a contrapelo de la búsqueda de mayor conciencia sobre la interdependencia. Al glorificar el individualismo y menospreciar las opciones colectivas, las tendencias dominantes agudizan el aislamiento sectorial y el temor a los otros.

Por eso, en sociedades posconflicto debemos tomar en cuenta que comenzaremos a trabajar con personas llenas de emociones destructivas; y que es, a través de este filtro confrontativo, que se articulan las posiciones e intereses de los distintos sectores. Se trata, entonces, de percepciones y narrativas en conflicto que distorsionan, cada cual a su favor, la realidad en la cual conviven. Así, su accionar estará orientado por su “verdad”.

Tener en cuenta el contexto debe ser una tarea permanente, pues la infraestructura emocional no es un estado que se alcanza de una vez y para siempre, lo más seguro es que, por influencia de la estructura de poder, habrá estancamientos, crisis y retrocesos. No hay un sistema inmunológico que “blinde” el umbral alcanzado.

Construir infraestructura emocional no es una tarea fácil, pues, como señalamos, la sociedad en la que queremos actuar está condicionada por una estructura de poder adversa a la interdependencia y complementariedad. Así, los procesos y estructuras en los que actuamos y las bases económicas de sustentación están cargadas de *poder* que influye en el proceso de cambio y transformación de personas y colectivos que proponemos.

Con todo, es en este marco que cobra sentido el reto de construir infraestructura emocional. El trabajo de la Fundación Propaz nos hace ser optimistas, pues, como hemos señalado, en los últimos años, a pesar del contexto del posconflicto y sus miserias, constatamos cambios personales y colectivos que, paulatinamente, irán generando condiciones para un cambio cualitativo de las emociones destructivas y poder excluyente.

Sin embargo, nuestro optimismo no nos hace ignorar la cruda realidad socioeconómica de Guatemala. Estamos conscientes de que si no hay cambios estructurales que apuntalen y generen un contexto propicio al cambio, no hay certeza de que los cambios actitudinales no puedan ser reversibles. En ese sentido, los niveles de pobreza de nuestro país, con el grado de degradación de la condición humana a que han llegado, no son el mejor contexto para comenzar a trabajar en infraestructura emocional.

¿Por dónde comenzar?

Partir de la persona, pero, en el horizonte de cambiar y transformar la sociedad, pues una persona emocionalmente equilibrada se termina de constituir en la trama relacional de su sociedad. Se busca la formación de mejores individuos y de mejores ciudadanos. Comenzar por el individuo pero el cambio buscado debe superar una actitud autocomplaciente (“soy una buena persona”) y/o la búsqueda sólo de “autoestima” personal.

Promover la autoestima está bien, pero esto es limitativo, pues ésta es “la base del egoísmo que concede una prioridad absoluta al propio bienestar dejando de lado, el bienestar de todos los demás (es decir, la preocupación sincera y auténtica por el bienestar ajeno) como un fin en sí mismo”. (Goleman, 2003, 92 y 96). La pura agitación personal sólo conduce a falsas expectativas que se disipan rápidamente ante los primeros contratiempos.

Proponemos, entonces, incidir en el cambio individual con el objetivo de lograr una “masa crítica” de personas actuantes dentro de los procesos y estructuras de poder, que entienden su responsabilidad social en cuanto el destino de sus países y del mundo entero, pues no se trata de construir “islas emocionales”, sino procesos liberadores de la energía y creatividad de individuos y sociedades.

De tal manera, la infraestructura emocional debe basarse en un nivel sano de “autoestima”, sin perder el contacto con la realidad y sin separarse de ella. La responsabilidad individual asumida socialmente debe comenzar por la empatía por los demás para que los podamos comprender en sus miserias y fortalezas. De lo que se trata es de “salir de sí para los otros”.

Construir infraestructura emocional es importante como opción individual-social y cultural, pero cobra mayor importancia y vigencia actual, pues se constituye en una respuesta a los crecientes niveles de inseguridad humana que se dan en nuestros países. Por eso, coincidimos con la Dra. Guillermina Baena Paz, cuando propone que debemos “ejercer nuestra libertad con responsabilidad y compromiso social y formar individuos que desarrollen una inteligencia para la seguridad humana, que los dote de una infraestructura emocional adaptativa para evitar la trágica profundidad de las amenazas dominantes”. (Baena Paz, 2005, 308)

“Alfabetización emocional”

Tomamos el concepto de “alfabetización emocional” propuesto por Goleman (2003) para enfatizar que el trabajo de creación de infraestructura emocional debe abordarse desde la perspectiva de certezas y prácticas anteriores en el contexto del posconflicto guatemalteco. Así, proponemos seguir la metodología planteada en el rombo de transformación de Fundación Propaz, profundizándola y ampliándola. De acuerdo a este planteamiento, hay que trabajar en el *ámbito personal*, la transformación de actitudes, supuestos, prejuicios y comportamientos y en el *ámbito sociocultural*, con intereses, posiciones, visiones de país, cosmovisiones y tradiciones culturales.

En la práctica se abordan en forma simultánea, pues no se trata de cambiar a todos los hombres y mujeres y después a la sociedad. Tampoco es viable sólo el cambio social que deje de lado el estado emocional de los individuos.

Ámbito personal:

Objetivo. Por medio de la sensibilización, capacitación y reflexión, tratar de desarrollar un nivel sano de autoestima y confianza individual, a partir del cual se inculque la necesidad de actuar con responsabilidad social.

Actitudes y habilidades. Generar procesos orientados a la transformación de hábitos confrontativos, pues la motivación rige el comportamiento. Tratar que las personas desarrollen un sentido de interdependencia, adaptabilidad, creatividad, el saber escuchar, el valor de asumir un compromiso, ser optimista ante la adversidad y los retrasos del cambio social. Aprender a ponerse en los zapatos de los otros para favorecer consensos, inculcar paciencia.

A nivel social:

Objetivo. Promover el auge de organizaciones sociales y culturales, empresas e instancias estatales que desarrollen y fomenten empatía y compromiso con los demás. Que estas instituciones tengan conciencia crítica y valoren positivamente la interdependencia.

Actitudes y habilidades. Promover el diálogo y la concertación, así como el conocimiento de sus mecanismos. Fortalecer personas y organizaciones con capacidad de análisis y disponibilidad de participar en procesos de acercamiento y diálogo. Que tengan, además, conciencia sobre la interdependencia, sensibilidad étnico-cultural y de género, así como una comprensión clara de la actual inseguridad humana a todo nivel.

Visión de cambio y transformación. Fomentar en organizaciones, empresas e instancias estatales, conciencia social, actitud crítica, conocimiento histórico, apertura al cambio, pensamiento sistémico y prospectivo, que permita repensar el sentido del desarrollo.

Como vemos, se trata de generar condiciones para un cambio emocional acumulativo y sostenido. Esto puede lograrse a través de procesos de sensibilización, capacitación y formación para fomentar o crear nuevas actitudes y comportamientos emocionalmente equilibrados y que se apliquen nuevas habilidades en el marco de procesos de interacción social. A mediano plazo, la institucionalización de estructuras que propugnen el cambio y la transformación y, a largo plazo, la sedimentación de estas experiencias en un cambio cultural emocional mayor, que lleve a la armonía y el equilibrio, tal cual plantea la cosmovisión maya.

Se trata, entonces, de promover y facilitar espacios de interacción social en los cuales las nuevas actitudes y habilidades emocionales sean puestas a prueba en el relacionamiento colaborativo/conflictivo, inherente a la dinámica social pública. Precisamente, es en la esfera pública donde se debe practicar el cambio y la transformación emocional. Sólo así se lograrán mayores niveles de

paz y gobernabilidad, con base en el equilibrio sostenido en las relaciones estado-sociedad.

Lo anterior no significa un camino ascendente sin tropiezos, hay dificultades, obstáculos y riesgos inherentes a los contextos nacional e internacional en los que actuamos. También interpretaciones que buscan el desarrollo de “capital emocional privado” en función de la ganancia, sin que importe el entorno social del que provienen dichos trabajadores. Esta tendencia plantaría la formación o reclutamiento de trabajadores pasivos que, por ejemplo, no hagan huelgas y no participen en movilizaciones sociales en defensa de su medio ambiente, la seguridad humana o la soberanía de su país.

Esta y otras opciones llevarían a la creación de una *elite emocional* diferenciada del común de los mortales y a la formación de ciudadanos “*emocionalmente correctos*”. Ni qué decir lo que supondría a nivel planetario, una elite emocionalmente correcta en función del mantenimiento del sistema.

El riesgo es que estas interpretaciones no están interesadas en desarrollar infraestructura o capital emocional en sentido amplio, sino de hacer más “sutil” la dominación.

Por eso la infraestructura emocional también se construye y potencializa en el marco de una serie de rupturas, crisis y movimientos antisistema portadores de los nuevos valores y virtudes emocionales. Por tanto, la construcción y fortalecimiento de infraestructura emocional para la paz y la democracia es, en esencia, un acto libertario.

A manera de conclusión

La coyuntura estratégica actual, tanto a nivel nacional, regional o mundial, está cargada de enormes dificultades, pero también de esperanzadoras posibilidades para la generación y desarrollo de infraestructura o capital emocional.

A veces, en la coyuntura cotidiana, como la de ahora, el panorama internacional está cargado de aires de guerra y es apreciado desde la mira de un misil. En nuestros países la convivencia social está crispada y aumentan los niveles de ingobernabilidad. Se habla incluso de “estados fracasados”.

El panorama, con razón, llama al pesimismo, pero si elevamos la mirada prospectiva, en el horizonte veremos que siguen, y crecen, las posibilidades para la generación y consolidación de infraestructura o capital emocional. Por eso, en nuestro trabajo debemos hacer nuestra la sentencia de Gramsci: “*Con el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad*”.

Referencias bibliográficas

Baena Paz, Guillermina, 2005, "¡Cuídate!", una propuesta de infraestructura emocional para proteger nuestra seguridad humana', *Seguridad humana e infraestructura emocional*, Proyecto PAPIME Laboratorio de Estudios del Futuro DGPA-UNAM, p. 308.

Dalai Lama, 2000, *El arte de vivir en el nuevo milenio: una guía ética para el futuro*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, España, p. 161.

De la Horra, Raúl, 2006, 'Violencias Invisibles', *Diálogo*, No. 49, FLACSO Guatemala, junio de 2006, p. 1.

Fundación Propaz, 2005, *Planificación Estratégica 2005-2008*, p. 17.

Galtung, Johan, 2003, *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Centro de Investigación por la Paz, Fundación Gernika Gogoratz y Working Papers Munduan, Oslo.

Goleman, Daniel, 2006, *Emociones destructivas. Cómo comprenderlas y dominarlas*. Ediciones B, Argentina.

Gutiérrez, Edgar, (2006), 'Vigenica del REMHI', *El Periódico*. Guatemala, 24 de abril de 2006, página editorial.

Lederach, Juan Pablo, 1994, *Construyendo la paz: reconciliación sostenible en sociedades divididas*, Borrador final presentado a la Universidad de las Naciones Unidas, Tokio, Japón, 95 p.

Renaut, Alain, 1998, *El futuro de la ética*, Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores, Barcelona, p. 11.

Sarti, Carlos, 2002, 'Construcción de la paz, resolución de conflictos y fortalecimiento de la esfera pública', *Nuevos Caminos para la Resolución de Conflictos*, Unidad para la Promoción de la Democracia de la Organización de los Estados Americanos, Guatemala, p. 30.